

LIMA: CRONICA DE UN DETERIORO

Alberto Flores Galindo

"... Lima, la sin lágrimas, la ciudad más extraña y triste que pueda verse"

Herman Melville

Una ciudad se define por sus habitantes, sus edificaciones, la manera de organizar el espacio, sus calles y plazas, pero una ciudad es también la forma como la imaginan quienes la recorren. Existe una abundante literatura sobre Lima a la que han contribuido cronistas y viajeros, poetas y novelistas historiadores y sociólogos y que, más allá de las profesiones, podría repartirse en dos vertientes: los amantes encandilados y entusiastas de la ciudad, capaces de trascender con su imaginación las evidentes deficiencias cotidianas y, de otro lado, los detractores, dispuestos siempre a embestir con un espíritu crítico exacerbado. Podrían encarnar estos extremos Teófilo Castillo y González Prada, respectivamente. Desde entonces —los años que siguen a la Guerra del Pacífico—, la defensa de Lima se identificó con las actitudes conservadoras y con el hispanismo, como lo demuestra que entre sus panegiristas estuvieran intelectuales en el estilo de Riva Agüero, Porras, Solari Swayne, mientras que en el otro extremo se emplazaban Mariátegui, Seoane, Valcárcel, enemigos del centralismo y empeñados en sustentar la nacionalidad en las provincias y la tradición indí-

gena. Lima ha sido, durante este siglo, una ciudad atravesada por una larga polémica que tuvo una referencia importante en el ensayo de Salazar Bondy: desde el título, *Lima La Horrible* (1964), implicaba un "voto en contra" y una denuncia contra la mistificación de su pasado.

En este panorama, cargado de pasiones, se ubica el libro reciente de César Pacheco Vélez, *Memoria y Utopía de la Vieja Lima*¹. Sumando diversas aproximaciones —el ensayo, el artículo, la monografía erudita— Pacheco quiere sostener el encuentro entre la ciudad y la identidad peruana, a la vez que proponer algunas medidas urgentes que detengan la destrucción de sus ambientes y garanticen conservar su imagen. Libro de historia pero también ensayo y, en todo caso, texto escrito con inteligencia y pasión, al servicio de una causa: una vez embarcado en su lectura no se puede sino acompañar a su autor hasta las páginas finales, donde un conjunto de planos invitan a recorrer las calles y materializan la propuesta de Pacheco Vélez en la necesidad de restaurar por lo menos algunas de las 200 casonas coloniales.

Lima debe ser —es mi opinión— una de las ciudades más feas entre las capitales del mundo. El área central de la ciudad carece de grandes avenidas y de amplias perspectivas urbanísticas. Lo anterior podría compensarse con el eventual encanto de calles a escala humana, pero el amontonamiento de los más variados y contrapues-

tos estilos arquitectónicos, el tamaño dispar de sus edificios, el tono gris, la irrupción de avisos y propaganda, el descuido y el desaseo hacen que terminen inadvertidos los pocos rincones amables, balcones, iglesias o antiguas viviendas que todavía persisten resistiendo aquí o allá al cemento.

La destrucción de la ciudad no puede ser atribuida a los terremotos. Según César Pacheco Vélez, aunque algunos fueron especialmente devastadores, como el de 1940, la destrucción fue una obra humana, que contó con urbanistas e ingenieros, con la tolerancia o el respaldo de la municipalidad y hasta del propio estado. Existen, por lo tanto, responsables. Algunas de las páginas más emotivas de su libro están dedicadas a reseñar el solitario esfuerzo de quienes pretendían detener el "avance del progreso" y que asistieron anonadados al ensanche de calles y el trazado de nuevas avenidas, que como Tacna, Abancay o Emancipación, implicaron irremediables demoliciones en busca de la línea recta y los ángulos. Pacheco constata y describe la destrucción de lo que él llama "la Vieja Lima" pero no se pregunta por qué sucedió todo esto. Demoler es una forma demasiado evidente de abolir el pasado. Los propietarios de esas casas abandonadas, que luego terminan destruyéndolas para establecer una playa de estacionamiento y después un edificio, aparte de no interesarles el contorno y carecer de cualquier sensibilidad estética, son gentes que, a diferencia de César Pacheco, no sienten ninguna vinculación con el pasado y menos admitirían que la historia es parte de su identidad personal. La demolición estaría negando de manera demasiado evidente esa tesis de Salazar Bondy según la cual el pasado se enseñoorea de los limeños. Puede ocurrir entre los lectores de Palma o los entusiastas de ciertos vales, pero no entre los propietarios, los dueños de esas casas derruidas, a quienes no les dice absolutamente nada un balcón o una reja. Si la destrucción de la ciudad tiene responsables creo que, aparte de señalarlos, hace falta indagar

por sus motivaciones. ¿Por qué no se ha conservado la "Vieja Lima"?

Antes de responder a la pregunta hace falta precisar a qué se llama la "Vieja Lima". Con una evidente concesión al hispanismo, no se lamenta la destrucción de las huacas y adoratorios prehispánicos, sino únicamente de las edificaciones coloniales. El trazo de las calles centrales y algunos templos se remontan al siglo XVII y hasta el siglo anterior, pero en conjunto, la Lima Colonial, en el recuerdo, la memoria o la imaginación, es la ciudad de Amat y Abascal, reconstruida después del terremoto de 1746 y que termina definiendo su perímetro con la Alameda, la Plaza de Acho, y el templo de las Nazarenas. Una ciudad de 456 hectáreas que albergaba a más de 50,000 habitantes. La arquitectura de estos decenios finales del siglo XVIII está simbolizada no en los templos o en las edificaciones públicas, sino en las casas que luego han sido bautizadas con el nombre de la familia propietaria: Torre Tagle, Riva Agüero, Osambela. . . familias, la mayoría, de mercaderes, de procedencia peninsular, resultado de una reciente migración y cuyas fortunas se formaron teniendo como instrumento a los barcos, el tráfico en el Pacífico, los almacenes del Callao y los arrieros. Estas fortunas sustentaron a una numerosa aristocracia pero es preciso guardar las proporciones. Era más poderosa que la clase alta chilena pero, aunque careciera de los oropeles limeños, menos sólida que la corte mexicana y además debía soportar la competencia del núcleo de comerciantes rivales establecidos en Buenos Aires. De otro lado, su historia no era muy antigua: la aristocracia mercantil limeña era una clase joven, en proceso de conformación, emplazada a medio camino entre Perú y España, con escasas raíces en el mercado interior. Quizá por esto no sintieron sus miembros la necesidad de edificar algún tipo de vivienda que testimoniara una voluntad de durar y permanecer. Las condiciones geográficas ayudaron a que el material escogido fuera el adobe, la caña y la

madera que, eficaces para resistir a los temblores, requerían en cambio de cuidado y conservación. Ocurre, además, que sus fortunas, antes que en las viviendas, se materializaron en los lienzos, las calesas y sobre todo en la platería: el atesoramiento, la predilección por la riqueza fácil de transportar y ocultar quizá como sucedáneo del sordo temor a la rebelión.

Es esta clase dominante la que se derrumba con la independencia. Su ruina es atribuible a las circunstancias: la postergación del Pacífico, la pérdida del alto Perú, la competencia bonaerense, la destrucción de la marina mercante a la llegada de los patriotas y los costos de las prolongadas campañas militares, pero junto a todo esto, también mediaron opciones: los comerciantes estuvieron siempre en el bando realista, apostaron por los derrotados, siendo o sintiéndose españoles, no comprendieron siquiera el proyecto de la independencia. Entonces, aquellos que edificaron la "Vieja Lima", la Lima del siglo XVIII, no se sentían parte del país sino habitantes pasajeros en la Ciudad de los Reyes, apenas un lugar de los Reinos de España. Aquí está el origen de ese estereotipo que califica a Lima de capital extranjera y a espaldas del país, que como cualquier prejuicio tiene algún referente real, desde luego no admitido por Pacheco Vélez, interesado en soslayar los conflictos y buscar las confluencias entre Lima y el Perú (en este caso equivalentes a clase dominante y nación). Por esta razón el autor se resiste a admitir la interpretación que yo propuse sobre la independencia y la aristocracia²: "No toda la aristocracia criolla, mercantil, agrícola, minera, desapareció con el vendaval de la independencia; parte de ella asumió el proyecto republicano y fue aceptando, sin derroche de coherencia y lucidez, es cierto, junto con los otros sectores sociales, junto con las capas populares y los esclavos liberados por San Martín y Castilla, su papel en el destino del país y la ciudad" (p. 79). Pero en las páginas que siguen, Pacheco Vélez

nos entrega un valioso y detenido estudio sobre la casa de Martín de Osambela que resulta, como veremos luego, un desmentido a su tesis.

Memoria y Utopía de la Vieja Lima es un libro estrechamente vinculado a la reconstrucción de viviendas coloniales asumida por algunas entidades bancarias. De manera específica al proyecto de restauración y empleo de una antigua casa, emplazada cerca de Santo Domingo y la Plaza Mayor, edificada piramidalmente en tres pisos y un mirador, con rejas, una gran portada, amplios balcones y pintada de blanco y añil. Esta casa perteneció a un comerciante de apellido Osambela, que vinculado a la familia Elizalde, igualmente Vasco Navarra, llegó al Perú hacia 1770 y se enriqueció ingresando en la tupida red mercantil que vinculaba a Lima con el sur, específicamente con Moquegua, de donde traía paltas y aceitunas y a cambio enviaba telas y especies (p. 190). En 1807 adquiere el solar antes mencionado. Por entonces la situación se tornaba cada vez más difícil para él y sus parientes. En su correspondencia, ubicada y leída con detenimiento por Pacheco Vélez, se advierte a un hombre definido por el bando realista —"los españoles de ambos mundos somos y hemos sido unos"—, temeroso ante el futuro en un suelo hostil y cada vez más extranjero, donde son frecuentes las "opiniones de ingratitud, desprecio y aborrecimiento con que se nos mira", sobre todo después de 1812 y que, ante el avance del separatismo y la insurgencia en toda sudamérica, lo obligan a tomar las armas y a mantener con su peculio una compañía de Granaderos: "debemos considerarnos amagados de enemigos". Cuando llega 1821, aunque no firma el acta de la independencia, intenta una colaboración con San Martín pero no resiste a la campaña antiespañola de Montea-gudo: pierde una hacienda, abandona la casa familiar y finalmente, solitario, se refugia en los castillos del Callao. Siguió el destino de muchos emigrados: realistas que a la llegada de los patriotas se fueron a

España, al Brasil, tras las tropas de La Serna, a algún convento o al Real Felipe. Sus propiedades les fueron confiscadas. La partida de defunción de la aristocracia limeña fue firmada por Bernardo de Monteagudo y su jacobina política antiespañola, emprendida desde el Tribunal de Secuestros. Desde luego que el destino de una clase no es generalizable a todos sus miembros. Algunos jóvenes aristócratas simpatizaron tempranamente con la independencia, como José de la Riva Agüero, pero dada su conducta frente a Bolívar y sobre todo su posición ultramontana después de exilarse en Bélgica, no sería un buen ejemplo para la tesis de Pacheco Vélez. Lo mismo podría decirse sobre Torre Tagle. No se los puede disculpar compadeciéndolos por carecer de "coherencia y lucidez". Otros fueron más eficaces en su incorporación al nuevo orden. Se adaptaron y pasados los momentos difíciles, buscaron recomponer sus fortunas: fueron soluciones individuales. Cuando en 1860 Atanasio Fuentes publique una lista de casas comerciales nacionales, la mayoría de sus dueños tendrán nuevos apellidos. Aquí podemos encontrar una primera respuesta al deterioro de Lima. Las casas se quedaron deshabitadas o, como en el caso de Martín de Osambela, pasaron a otros propietarios. La viuda de éste, Mariana de Ureta, endeuda y pierde la casa en 1854 frente a la señora Meza de Goytizolo, quien no tiene descendencia. La casa pasará entonces a José de la Asunción Oquendo y después a la Beneficencia y la Caja de Ahorros de Lima. Los propietarios republicanos no debieron sentir necesariamente una relación filial con esa vivienda. Quizá se salvó —y ahora ha sido posible reconstruirla— porque entre quienes la habitaron estuvo una pintora, con evidente sensibilidad estética, manifiestamente interesada en refaccionarla.

No fue este el caso de otras casas. Sobre todo cuando se recompone la clase alta peruana, durante la era del guano, y se comienza a proyectar la modernización de

la ciudad. Meiggs y los nuevos ricos derrumban simbólicamente las murallas y comienzan el trazo de nuevas avenidas, aunque la mayoría de "boulevares" se quedaron apenas en los planos³. Otro corte en la historia de Lima, tan devastador como la independencia, fue la ocupación chilena. Pasados esos años, la clase alta se empeña primero en modernizar el antiguo casco colonial pero después, ante la irrupción de artesanos y obreros, buscará establecer distancias y limitaciones para lo que comienza el abandono del centro y la fuga persistente hacia el sur y los arenales: San Isidro, Miraflores, Orrorí, después Montecristo, Las Casuarinas y La Planicie. "La Vieja Lima", mientras tanto, soporta las demoliciones. Nadie se interesaba en conservar nada. En todo caso, aquellos pocos que añoraban algo o querían darse ínfulas de añorantes, podían trasladar la reja, el balcón o la columna a la casa moderna del barrio residencial, con lo que también ponían su cuota en la destrucción de la ciudad: no deben ser omitidos entre los responsables.

Si la clase alta no se interesaba en vivir en la "Vieja Lima", ésta hubiera podido ser conservada como un lugar de encuentro en la ciudad, testimonio de esa identidad colectiva que Pacheco Vélez quiere descubrir en nuestra historia. No fue así. La "Vieja Lima" no se conservó —es otra explicación— porque la ciudad moderna carece de símbolos, de espacios comunes, así como carece de ciudadanos en el sentido estricto de la palabra. Se imponen las marginaciones y exclusiones. No se comparte: se separa. El esquema colonial que contraponía dicotómicamente aristocracia y plebe, se ha mantenido y exacerbado. De un lado de los pobres y del otro los ricos (o quienes se sienten tales). En las Casuarinas Sur, los habitantes de clase media que han edificado sus casas sobre cerros desde donde pueden divisar la ciudad, para evitar cualquier contacto con los de abajo, se oponen al ingreso de vehículos de movilidad pública y dada la

proximidad de las barriadas del llamado "cono sur", han proyectado construir una muralla que impida el tránsito de cualquier poblador de Pamplona. Nuevamente el ideal colonial de vivir separados. Lima hoy carece de parques públicos, de playas o de diversiones donde se confundan las diversas tonalidades que caracterizan a sus habitantes. En los tiempos de la "Vieja Lima", San Lázaro era un barrio de negros, mientras que en el Cercado se concentraba la población indígena minoritaria. A esa época se remonta la edificación de una ciudad jerárquica, donde los hombres se separan nítidamente por sus títulos, por sus apellidos, por sus fortunas y, sobre todo, por el color de su piel, los gestos, los olores y los hábitos cotidianos. La desigualdad es en realidad el transfondo del autoritarismo que todo habitante de Lima, carente de cuenta bancaria o de tarjeta de crédito, debe soportar: la mirada de arriba hacia abajo, el tono despectivo, el hábito de "cholar", el maltrato a los clientes de los grandes almacenes o de los supermercados (casi todos potenciales ladrones salvo prueba en contrario). Aquí, antes que en sus edificios o en el trazado de sus calles, radica la verdadera fealdad y toda la tristeza de Lima. Es difícil que en una ciudad como ésta, los provincianos y los migrantes se sientan acogidos e integrados: se ven obligados a congregarse entre ellos, a buscar en las zonas marginales lugares de reunión, a formar instituciones que los agrupen, como antes los negros o indios se reunían en cofradías⁴. Obligados a vivir a la defensiva, no se sienten necesariamente convocados a preservar una ciudad que no identifican como suya.

En la "Vieja Lima" la desigualdad podía advertirse en la distribución del espacio urbano. Sus 53,411 habitantes (1791) vivían en un área calculada en 456 hectáreas, dando como resultado a una ciudad densamente poblada: 117 habitantes por hectárea. Más de un siglo después, en 1908, Lima tenía 109 habitantes por hectárea: para entonces, derribadas ya las

murallas, la ciudad había iniciado su expansión. Las 456 hectáreas de la "Vieja Lima" albergaban a 2,797 viviendas particulares. Si de la población total excluimos a los eclesiásticos, a todos aquellos que vivían en iglesias y conventos, tenemos un promedio de 18 habitantes por vivienda. Pero el promedio no refleja la realidad dado que estas viviendas iban desde amplias casas, con uno o dos pisos; ocupando más de 1,000 m² como la casa de Osambela, hasta los tugurios y callejones donde a veces una familia podía disponer apenas de una habitación; la familia Osambela tenía, en cambio, dos patios, caballerizas, amplios recibos y más de cuarenta habitaciones (p. 189), sólo en la casa ubicada en el actual Jirón Lima, sin considerar a otras seis propiedades urbanas.

La mayoría de la población limeña no vivía con la holgura y amplitud de los Osambela. La tugurización y el limitado espacio urbano obligaron a idear como solución una suerte de vivienda colectiva, donde compartiendo la entrada y algunos servicios, los cuartos familiares se organizaban alrededor de un corredor central, que a veces se bifurcaba: era el callejón que hasta ahora persiste, no abandonado, sino como vivienda de los habitantes actuales de la "Vieja Lima", descendientes de las clases populares coloniales. Estas clases populares estuvieron conformadas por indios, mestizos, esclavos y sobre todo las llamadas "castas": 62 o/o de los habitantes que subsistían enrolados en el servicio doméstico, los talleres de artesanos, las panaderías y chinganas, el comercio ambulatorio, hasta terminar algunos en los últimos escalones de la estratificación social, como desocupados, vagabundos, ladrones y asaltantes. Vivir en Lima nunca ha sido una empresa fácil: Termina siendo mistificador reducir la vieja ciudad a 100 o 200 casonas. Un espacio más importante fue el callejón, que como señala demasiado rápido Pacheco Vélez, caracteriza a Lima como el corral o el conventillo a Sevilla y Buenos Aires (ilustración 17). Podría pensarse en trazar

la historia de un callejón y proceder a la reconstrucción de sus ambientes. Con esto, no estoy postulando la necesidad de recuperar toda la vieja Lima: sería demasiado costoso y con resultados inciertos. Pero tampoco se trata de recuperar sólo las casas de la clase alta: podría darse una imagen algo más plural de la ciudad si en los proyectos de restauración al lado de templos y casonas, figurara la casa común y corriente, algún callejón, una botica, una tienda, una chingana. La labor emprendida en La Habana Vieja, con el auspicio de la Unesco y la asesoría de un equipo de historiadores dirigidos por Eusebio Leal, es un buen ejemplo. Cualquier visitante puede entrar a la antigua sede de gobierno, observar las columnas y los amplios espacios de las casonas, pero también la botica, el café, la fuente de agua. ¿Para quién se buscaría

reconstruir Lima? Es otra pregunta que no se formula Pacheco Vélez. Todo proyecto debería tener en cuenta a los actuales habitantes de la vieja ciudad, a quienes han sabido persistir en ella, a esos que en el pasado no huyeron a los castillos del Real Felipe y que ahora no se han trasladado a los barrios residenciales. Tenerlos en cuenta no sólo para mejorar sus condiciones de vida sino además para incorporarlos al proyecto de construir una identidad. A mi modo de ver, Lima no es el resultado del mestizaje y del encuentro armónico de tradiciones, pero nada de esto significa negar que en el futuro no pueda ser un instrumento cabal para que el país se reencontre consigo mismo. Alcanzar esta meta tiene como prerequisite democratizar el espacio.

NOTAS

- 1) Pacheco Vélez, César. *Memoria y Utopía de la Vieja Lima*, Lima, Universidad del Pacífico, 1985. Las páginas citadas entre paréntesis remiten a este libro. César Pacheco Vélez es un historiador, periodista y escritor cuya tarea ha estado dedicada a estudiar los años de la independencia, escribiendo sobre el Conde de la Vega del Rhen, el pensamiento de Viscardo, la ideología de Túpac Amaru en un conjunto de textos dispersos en revistas especializadas que valdría la pena tener reunidos en un volumen similar al que comentamos.

Es uno de los más inteligentes artífices y defensores de la versión tradicional acerca de la independencia peruana.

- 2) Flores Galindo, Alberto. *Aristocracia y Plebe, Lima 1760-1830*, Lima, Mosca Azul Editores, 1984.
- 3) Basadre, Jorge. *Historia de la República del Perú*, Lima, 1983, t. V. p. 365.
- 4) Me remito a la investigación que está emprendiendo Cecilia Rivera sobre los clubes y asociaciones de migrantes provincianos.